

dio la voz de triunfo, y un golpe seco sobre las piedras que aguardaban bajo el abismo, terminó el drama.

Entre tanto, por el camino de San Juan se acercaba la huérfana de Candro, por el que aún doblaban las campanas de la aldea. Maruja la Trigueña venía por su amante, para compartir con él su dolor.

El rebaño se dispersó por las laderas; un can aullaba a la orilla del río; el sol ya se ocultaba, poniendo rojo el firmamento como rojas estaban las aguas de la fuente, cuando llorosa y fatigada llegó la zagaleja donde estaba el cuerpo de Damián, su amante.

Y aseguran los que esta historia me contaron, que a la mañana siguiente encontraron sobre las piedras del río dos cadáveres: el del zagalillo Damián y el de la huérfana de Candro.

Desde aquella noche, cuando va cayendo el sol, se oyen risas que salen de una cueva cercana; y desde entonces rojas están las piedras en aquel sitio...

Pablito se durmió después, y soñó con brujas y con águilas, y a la mañana siguiente dijo a su vieja compañera que no le volviera a contar sino cuentos de príncipes y cenicientas.

IÑIGO DE ALMENAR
Alumno del Rosario.

TESIS DE PRIMER AÑO

DE LENGUA CASTELLANA

En siglos lejanos, cuando el cerebro del hombre comenzaba a penas a percibir los primeros rayos luminosos de la ciencia, los impartidores de ella, pedagogos y dómines, eran considerados casi como seres sobrenaturales que sólo podían decir infalibles sentencias. El apotegma *Magister dixit*, era entonces como un resorte mágico que abría las puertas más bien cerradas

del entendimiento para dar entrada a teorías incomprendibles algunas veces, y, otras, erróneas. La evolución de las ideas, el despertar paulatino de la conciencia y la observación, han hecho cambiar aquel derrotero, y en la actualidad no es la misión del maestro el que su dicho prevalezca en todo y por todo, sino dar luz a las inteligencias hasta hacerlas percibir clara y distintamente, y por propio convencimiento, que están en posesión de la verdad. Por este título, en nuestros tiempos la diosa Razón es una divinidad mejor honrada. Sin que se respete menos la voz del sabio mentor, sin disputarle ni un punto la supremacía que sobre los demás le da el estudio y la experiencia, sin embargo, ha de llegar hasta él la voz del educando e interrogarle: Maestro, ¿por qué dices esto? ¿por qué debo creerlo? Y si no halla el discípulo concisión y claridad y fuerza persuasiva en la respuesta, si después de inquirir se encuentra en la misma incertidumbre de antes, no faltará al respeto ni a la veneración, que así lo declare sin reticencias (1).

Confiada en este derecho de inquirir, de examinar y de opinar y con respeto profundísimo y admiración sincera hacia el erudito, hacia el filólogo eminente de nuestra habla, es como me atrevo a abrir la *Gramática de la lengua de Cervantes*, de don Julio Cejador, y a exponer estos modestos comentarios acerca de algunos puntos que en ella toca, y respecto al fundamento de los cuales no adquirí convencimiento.

Dos son las corrientes en la formación de los idiomas: la popular y la erudita. La primera pudiera compararse al grupo heterogéneo de obreros que aportan el material y que construyen el edificio; pero siempre

(1) Por haber sido el trabajo de la señorita Delfina Huerta el mejor del curso de Lengua Castellana, en 1920, para estímulo de sus alumnos lo publica el profesor, si bien con leves correcciones de estilo.

bajo el cuidado y la dirección del segundo elemento: el ingeniero o arquitecto encargado de la obra, que concibe la idea y proyecta matemáticamente los planos para realizarla.

Con la lentitud que interviene en la formación de una nueva lengua, la gente de Castilla fue transformando en sus labios el bajo latín hasta dar vida al romance; y paulatinamente también los eruditos, gramáticos, preceptistas, comentadores y escoliastas, se encargaron de completarlo, pulirlo y enriquecerlo, aportándole términos del latín clásico, y latinizando otros del habla popular.

Confirma esta doble corriente, la existencia de los términos paralelos, dobletes o isónimos, éstos de formación popular, aquéllos de procedencia de los doctos, por ejemplo: *labrar* y *laborar*, *mascar* y *masticar*, *escuchar* y *auscultar*, *sobrar* y *superar*, *empujar* e *impulsar*, *comunicar* y *comulgar*, *recobrar* y *recuperar*, *razonar* y *raciocinar*, etc. etc.

Ahora bien, basta leer con alguna atención la *Gramática de la Lengua de Cervantes*, para darse cuenta de la prevención que muestra el autor hacia la segunda corriente. Abundan allí ensañadas alusiones y reverencias irónicas a los eruditos latinizantes: « Siempre la reacción latina ensuciando el castellano »;..... « el gran hecho de armas de los eruditos: despreciar las lenguas vulgares para quitarse el sombrero ante el griego y el latín »;..... « aunque lo autorice o no la Academia, »..... etc.; y abundan también asertos en la misma obra no comprobados, sin que falten allí tampoco pareceres no fácilmente conciliables los unos con los otros. (1)

(1) No estará por demás transcribir aquí estas líneas del eminente Ernesto Renán en el Prefacio de su obra *Del origen del lenguaje*: « Indudablemente no se concibe la organización del lenguaje sin la sanción de los hombres superiores, por medio de su autoridad sobre los demás, y que los coloca en condiciones de

Inserto textualmente de la ortología y ortografía de la citada Gramática, los pasajes tendentes a dar la supremacía al lenguaje del vulgo sobre el de los doctos: pág. 24. La *x* o sea *c* más *s* hizo *j* en castellano; pero en los vocablos eruditos queda *x* pronunciándose ya *cs*, ya *gs* *exsamen*, *egsamen*. La tendencia de todo el mundo es a pronunciar *s* dejada la *c*, pero entre vocales los eruditos siempre dicen *cs*, *examen*. Sin embargo, infinidad de veces notarán ellos mismos que pronuncian como el pueblo, sobre todo si *x* está antes de consonante, *expedición*, es lo corriente, «expedición,» *es hasta cursi*....; *testo* se dice mucho más que *texto*; *respeto* y *respecto*, ya tienen distinto valor. Ni se hace caso de que pudiera originarse confusión, objeto de lamentaciones gramaticales para Bello, Sicilia y otros, pues *tal confusión es quimérica: explique* sustantivo, *explique*, verbo *exclusa* y *esclusa*, *expiar* y *espíar*, *estático* y *extático*, todos sueñan con *s*, menos *exclusa*, participio, si es que alguno lo emplea, *extático* y *expiar* que suelen distinguirse en la pronunciación.»

Pág. 25: «La *d* en el participio *ado* se pierde en el habla ordinaria, *colorao*; y *es cursi* pronunciarla fuera de los discursos y otras circunstancias literarias..... otra cosa es la *d* del *ido*, *divertió*, que huele a chulos, toberos y andaluces.

«La *d* final es difícil para la pronunciación española..... También es tan general que ya a *nadie choca* quitar enteramente la *d* *virtú*, *Madri*.»

Pág. 26. «Tampoco pronunciaron *nunca* los españoles la *c* delante de *t*, *doctor*, hasta que algunos eruditos cambiaron el *dotor* y *dotrina* del diccionario de la Academia, que es como se dijo y aún dice el pueblo, y nos han hecho pronunciar a la latina.»

imponerles aquello que por lo mejor tienen. La aristocracia de los doctos dio la ley a la humanidad primitiva; y la levadura que ha producido la civilización, sólo pudo fermentar en un reducido número de cerebros privilegiados.»--NOTA DEL PROFESOR.

Academia, que es como se dijo y aún dice el pueblo, y nos han hecho pronunciar a la latina.»

Pág. 30. «Las formas eruditas *abs*, *obs* y *subs* son tan antipáticas al castellano que aunque la Academia sólo suprima la *s* y Bello mande que se diga *abstracto*, el genio del castellano desecha la *s* por igual en los tres casos.»

Pág. 31. «..... por el genio fonético del castellano se dice no solamente *tras* por *trans*, sino también *istrumento*, *mostruo*, *costruir*, *circustancia*, aunque la Academia no lo autorice..... Una academia de la lengua tiene todo derecho para mirar por la pureza de la lengua, pero no para imponer leyes que vayan contra su carácter. Por eso el pueblo y los mismos académicos, cuando hablan como españoles y no como *latinizantes*, dicen *istrumento*, *circustancia*, *costruir*, etc.

Es digno de leerse detenidamente el párrafo referente a la *m* antes de la *b* o *p* (págs. 32 y 33 de la misma obra), párrafo del que tomo los principales conceptos:

«Con permiso de tan eminente y conservador ortologista (dice refiriéndose a Bello), *afirmo* que escribimos *m* en tales casos porque así lo han mandado, pero que *todo español ahora y siempre* ha pronunciado *n* y no *m*....; para que, *ambos*, *compuerta* sonaran con *m*, había que articular dos veces los labios puesto que *m* es labial lo mismo que *b* y *p*. Diríamos *ambos* con una pausa entre las dos labiales, pues *m* cierra los labios y *b* y *p* también..... Nadie deja esa pausa y ni unifica las dos articulaciones, luego lo que *todo el mundo* pronuncia es *anbos*, *conpuerta*... Y, por Dios que no nos vengan con que pronunciemos *ambos*, *compuerta* porque daríamos que reír, ni se nos diga que así suena en castellano.»

Tomo esta otra cita de la pág. 56, dice:

«La reacción erudita puso *h* en los vocablos que la llevaban en latín, y gracias que no nos haya mandado que la pronunciemos..... la *h* era signo del fonema gutural espirante hoy desaparecido entre los eruditos por ignorancia, aunque existe en el pueblo....., realmente la *h* suena, *hue*, *hueso*, *huevo*, y por eso se confunden con *güeso*, *güevo*. Bello y la Academia no admiten tal sonido pero no por eso deja de existir....., basta consultar la pronunciación vulgar *jué*, *jembra*.»

Y en la misma página: «Verdadera lucha fonética hay entre el pueblo y la gente erudita, venciendo naturalmente, como siempre, de una u otra manera, *el pueblo*, dueño verdadero del lenguaje y de la pronunciación nacional.»

Intencionalmente he puesto continuadas las citas para hacer notar que, exceptuando únicamente la de *m* antes de *b* o *p*, que en seguida comento, en ninguno de los demás casos da el autor una sola razón que amerite o fundamente su fallo. Cree convencer con las expresiones imprecisas—«la tendencia de todo el mundo»; «es cursi»; «a nadie choca»; «es como debe decirse»; «el genio del castellano,» etc. ¿Será que el docto filólogo reduce «*todo el mundo*» al bajo pueblo que dice *istrumento*, *dino* y *dotor*? ¿Y los que no dicen así no serán del mundo? ¿para quién «*es cursi*» decir *expedición* o pronunciar la *d* de los participios en *ado*? Que nos explique por qué divertió «*huele a chulos y toreros*,» y *colorao* no, cuando ambos son términos propios de ellos. ¿Para quiénes y por qué son tan *antipáticas* las formas *abs*, *obs* y *subs*, y cuál es ese *Genio fonético del castellano* que rechaza la *s* final de esas mismas preposiciones prefijadas al entrar en composición?

Todas estas preguntas se quedan sin respuesta aun después de haber leído la *Gramática de la Lengua de*

Cervantes, entera; pero veamos si las citadas aserciones son admisibles, en *buena lógica*, como el tema 6.º lo pide.

Con respecto a la *x*, la cambia el autor por *s* y no admite que haya confusión, entre *explique*, verbo y *esplique*, armijo para cazar pájaros; *espiar*, observar con disimulo, y *expiar*, borrar culpas; *exclusa*, compuerta de los canales y *exclusa*, participio de verbo; *extático* de *éxtasis* y *estático*, inmóvil; pero, aquí viene lo importante, dice: *todos* suenan con *s*, menos *exclusa*, *extático* y *expiar*. Es decir, que *todos*, ¿se refiere sólo a *explique*?

Afirma también el severo censor de los eruditos que los españoles decían antes de la reacción erudita y que el pueblo dice aún, *dotor*, *dotrina*. En lo primero vamos de acuerdo, porque en los libros de castellano antiguo aparecen así tales términos; pero hablando con un español de nuestros días se notará, desde luego, que no dice *doctor*, ni tampoco *dotor*, sino que algunos cambian el sonido de *c* por el de una *d* que es más suave, y dicen: *dodtor*, *dodtrina*, *didtamen*, *dúdtil*, *dodto* y *condudto*.

En cuanto al sonido de *m* antes de *b* o *p*, que según piensa el autor, daría tanto qué reír, porque habría que articular dos veces, puesto que *m*, *b* y *p* son labiales, solamente hay que pensar si al articular sílabas y al formar palabras, conserva cada letra su sonido independiente. Si así fuera, entonces sí que sería de reír la continua articulación y desarticulación para decir sílaba por sílaba en cada palabra; pero, notoriamente, los sonidos de las letras se unifican al silabizarse y se juntan y se complementan en las palabras, con mayor facilidad cuanta más afinidad hay entre ellos. *M*, *b* y *p* están en este caso. Así es que bastan las afirmaciones del autor para que no digamos que se pronuncia *m* en *ambos* y *compuerta*; no tenemos más que aceptarlo, aun-

que nuestro oído y nuestra propia práctica atestigüen lo contrario. *Magister dixit*.

El sonido de la *h* como *j*, no ha desaparecido entre los eruditos «por ignorancia,» sino por razones etimológicas que el pueblo ignora, y por eso sigue diciendo *güevos, jembra, güeso y jierro, jiede, mojoso, jumo, juma-reda y jutr*.

Con parcialidad manifiesta publica en alta voz el autor el triunfo de la corriente popular sobre la erudita. Vista tan resuelta afirmación, ocurre desde luego una pregunta: ¿si el romance tuvo por origen la lengua latina, por qué no recurrir a ella para depurarlo y enriquecerlo? Se nos contesta con toda una disquisición tendiente a probar el origen euskérico del castellano, si bien que parece olvidarse el ilustre tratadista de esta opinión suya, puesto que en la parte correspondiente a la fonética de su Gramática (pág. 60, línea segunda), así se expresa: «No puede prescindirse del estudio de los cambios fónicos que rigieron en la evolución del latín vulgar hasta transformarse en nuestro romance castellano, etc.» Con esta aclaración suya, con las innumerables citas de derivación latina en los ejemplos que presenta en su misma Gramática, y la ausencia, casi total, de citas de derivación de Euskera o vascuence, él mismo reconoce y declara el origen latino del romance y deja en pie nuestra anterior pregunta (1).

(1) En un discurso académico pone de resalto don Manuel de Salaregui y Medina, con un hecho concreto, la necesaria intervención y el predominio de los eruditos en la formación y adopción de vocablos. Dice así en elocuente párrafo:

«Nubarrones, nubes y nubecillas, de éste o de aquel color y de tal o cual tamaño; chubascos con pie o sin él; bardas y gigantones..., hé aquí el imperfecto y pintoresco vocabulario, absolutamente convencional y distinto para cada país, de que disponían los meteorologistas para describir las diversas apariencias del cielo y de los horizontes, en bonanza y tempestad, en invierno y en estío; pero llega el año de 1853, y con él, la celebra-

Para no incurrir en la falta de dar opiniones a priori, tomo un fragmento de *La Leva*, cuento de don José María Pereda (escritor reconocido por muy castizo, oriundo de Santander), en el que figuran personajes del pueblo, y que emplean precisamente esas formas de hablar que el señor Cejador pretende que prevalezcan sobre las de las personas instruidas o educadas. Así habla uno de aquellos personajes: «Si llevo *gastao*, tío Tremontorio, un *costao*..... en esos *amenículos*; llevéla a *má e* tres leguas de aquí a que un señor Cura, que *icen* que tiene ese *previlegio*, la echara los *Avangelios*; leyóselos, dióme una cuartilla *bendecía* y un poco de ruda, cosílo *tóo* en una bolsa, colguéselo al pescuezo, costóme la *cirimonia* al pie de un *Napolión* y *ná*: al día siguiente cogió una cafetera que no podía *lamber*. Yo la he *dao* aguardiente con pólvora que *icen* que es bueno *pa* tomar *ripunancia* a la bebida y a esta *condená paece* que le gusta más desde entonces Figúrese *usté* que dempués que *la* di el aguardiente le entró un cólico que creí que reventaba, etc.»

Separo del mismo cuento las siguientes expresiones muy características del bajo pueblo español:

«¿Qué te se pudre? Onde te metes? con mil demonios! ¡Qué climen más endino! Mal vendabal te sople,» etc.; y tomo también estas palabras sueltas: *pa* por *para*; *incomenientes*, *mesmo*, *istante*, *gómto*, *naiden*, *salú*, *riales*, *peazo*, etc., que de seguro irán en perfecto acuerdo con el gusto de don Julio Cejador.

Quien haya trabado amistad con el escudero fiel

ción de la famosa conferencia de Bruselas, en las que estuvieron oficialmente representadas la mayor parte de las naciones marítimas del globo; y allí mismo, en el seno de la cultísima asamblea, después de amplia discusión y detenido estudio, quedó admitido, o mejor dicho, colectivamente confirmado, un sencillísimo sistema que mediante el manejo de solas cuatro voces latinas --*cirrus*, *stratus*, *cúmulus* y *nimbus*-- y sus acertadas combinaciones, vino a establecer una especie de ordenada clave internacional, para la más rápida y perfecta interpretación de las indicaciones meteorológicas»--NOTA DEL PROFESOR.

del hidalgo Manchego, quien lo haya seguido paso a paso en sus aventuras y haya escuchado sus divertidas conversaciones llenas de refranes, bien o mal traídos a cuento, y de términos incomprensibles algunas veces por lo tergiversados, tendrá idea completa del hablar y del sentir característicos del bajo pueblo. Si, vamos de acuerdo; ese lenguaje tiene encantos, como tienen gracia las primeras palabras de los niños; es animado, pinta con vivo colorido las pasiones que lo mueven. Esa locuacidad de Sancho Panza, ese ensartar refranes y dichos populares a mansalva, y ese relato interesantísimo de los cabreros a don Quijote, ¿quién duda que encierran originalidad y bellezas? Son muy gráficas, muy pintorescas también las expresiones del habla corriente del pueblo mexicano: *onde lo jallates? afigúrate nomás! no te trompieces! Yó y tú, por tú y yo; dialtiro*, por completamente; *hace muncha calor*, por hace mucho calor; *probe* por pobre; *triatro* por teatro; *tíguere* por tigre; *circüela* por ciruela; *ansina* por así; *satisfació* por satisfizo, y *cólega, méndigo, áuriga* y *sútiles*, etc.; pero ni aun con todos sus *encantos* deben prevalecer sobre el lenguaje propio de la gente educada.

¿También ensalzará el señor Cejador las formas tan generalizadas entre el bajo pueblo español: *Ya te se dijo*, por ya se te dijo; *mi padre*, por mi padre; *voy a por agua*, por voy por agua?

¿No caería en la picota del ridículo el orador sagrado o el tribuno, que el período más brillante de su pieza oratoria, como el cabrero del cuento de Crisóstomo, dijera *cris* por eclipse, *desoluto* por absoluto, *estil* por estéril? ¿O qué persona educada diría en sociedad: *dino* por digno; *virtú* por virtud, aunque se pretenda que «*a nadie choca*»? Lo que más podrían los escritores (como lo hizo Pereda), sería hacer hablar en tales términos a los personajes populares que tratan de retra-

tar; pero nunca emplearlos como habla propia del mismo escritor o de una persona fina.

Ni nuestro mismo filólogo, en sus obras, lleva a la práctica sus animadas exhortaciones, seguro de que caería en el ridículo, a pesar de que algunas de esas formas de hablar se encuentran en los autores clásicos del siglo de oro, si bien caídas ya en desuso.

A tal propósito, y con todo respeto, bien podría aplicársele aquella fabulita griega, titulada *Los Consejos del Cangrejo*: «No andes para atrás,—deciale a un cangrejito su madre,—no arrastres así en esa piedra tus revesadas patitas; y el contestó al punto:—Pues madre, ya que haces de maestra, comienza tú por darme el ejemplo y así podré imitarte.»

Para las antiguas colonias de España en América, entre ellas México, habría otro punto de difícil solución, si se aceptara la doctrina del señor Cejador. Al adoptar el castellano tuvieron que amoldarse los sonidos al aparato de fonación de la nueva raza, y así mismo, a las particularidades armónicas del oído local. Se introdujeron, además, vocablos de las lenguas indígenas, originales o castellanizados, y se inventaron modismos nuevos, resultando un castellano un tanto diferente del de España. Dichas colonias, hoy repúblicas independientes, ¿deberán, por ventura, regir su castellano por el del bajo pueblo español o bien por el del respectivo pueblo bajo de cada uno de esos países? Tengo a la mano una composición humorístico-moral de un autor mexicano, titulada *A las filas*. Es un diálogo entre dos amigos, de nuestra gente iletrada, y ofrece buen acopio de expresiones del lenguaje plebeyo de México. Dice así:

¿ Qui hubo, mano, pos qué tienes
 Por qué andas tan *destantiao*?
Trais la geta muy *retriste*!
 ¿Qué te pasa? *Ti* hallas malo?
 Tienes dolencia de *panza*
 Porque te *pusites* briago?

¿Sincuenta tu vieja enferma?
 ¿Te corrieron del trabajo?
 No me respondes, *manito*.
 ¡A poco estás enojado!
 ¡Vamos hombre, no te apures
 Ni te pongas *agüitao*!
 ¡Trais los ojos como bruja ...!
 A poquito tú has llorado!
 Mira nomás qué suspiros!
 ¡Caray! que no *ti* hagas arco
 Ni te entumas ni te *agüites*
 Ni estés de *fierro osidao*....!
 ¡Habla! ¡Cuéntame tus penas....!
 ¿Qué no? *Ansi* eres de malo?
 Ya sabes que soy tu amigo
 Y que lo que sé lo callo,
 Y no he de contarle a *naiden*
 Lo que a tí te haya *pasao*....
 ¿Te *peñates* con alguno
 Y lo dejaste clavado....
 Y andas con remordimientos
 Porque cayó boca abajo?....
Pos entonces! ¿Qué *pasión*?
 Ah! *hora* sí ya dí en el clavo....
 —Melitón!.... no digas eso
 Que me pones *endinao*....
 Lo que me trae tan *retriste*
 Lo que me trae *priocupado*
 Es otra cosa.... —¿*Pos* qué?
 —*Pos* ... que.... me voy de *soldao*
 — No me lo digas, *manito*!
 —*Simón*; ayer me filiaron
 Me agarraron a la *juerza*
 Y es que voy de voluntario!
 Mañana salimos todos. ..
Crio-que vamos a Durango,
 Y no es que yo tenga miedo,
 Te lo juro por Dios Santo
 Tú bien sabes que el *cerote*
 No anida en los mexicanos, etc.

Se notarán desde luego en los versos transcritos algunas supresiones de letras a la usanza del pueblo español: *destantiao*, *indino*, *soldao*, etc.; otras palabras de pronunciación semejante: *pã*, *ansí*, *naiden*, *juerza*, etc., y otras en fin, han de ser extrañas para oídos peninsulares; *pos* por pues, *fierro* por hierro, la partícula *re* antepuesta para hacer reduplicativos, *retriste*; y es común aunque en el ejemplo no se emplea, anteponer *rete*, *retetriste*; la terminación *ites*, para la tercera persona de pretérito de indicativo, *pusites*, *fuites*, *trujites*, etc., y la contracción de palabras, quihubo, cincuenta, yu-y-tú, tihallas; propias todas de nuestra clase humilde e ignorante.

Hay además una porción de términos rudos que sólo entre las clases inferiores se usan: *geta* por boca, y aun por cara, *mano* por hermano, *panza*, *briago*, *tu vieja*, por esposa, etc., y muchos modismos: andar des-tantiado, traer los ojos como bruja, estar de fierro osidado, *simón*, por el adverbio afirmativo sí; *cerote* por miedo, etc.

Pero ¿cuál de las dos hablas adoptaríamos? la del bajo pueblo español o la del bajo de México? El autor no lo resuelve.

Terminan los versos transcritos, después de las quejas propias de la confidencia, con una súplica que viene aquí como de molde:

«.... Y tú que en el pueblo quedas
 Y dispénsame *l'incargo*,
 Nomás cuida que *mi vieja*
Iduque bien al *chamaco*,
 Que *s'istruya*, que *si* haga hombre....
 Y.... que nunca sea *soldao*;
 Que *ricuerde* que a su padre
 Por *inorante* y *pelao*
 Lo agarraron a la *juerza*
 Para ir a matar hermanos.»

Que se instruya!... Que se eduque!...

Ignorancia, falta de educación y de finura, es lo que traduce el habla del vulgo! Falta de educación que le impide poner dique a las pasiones y lo despeña por ellas, haciéndole proferir a veces, hasta términos bajos y expresiones mal sanas que no son ni para oídas y que constituyen buena parte del vocabulario popular, pues sin ellos faltaría mucho del vivo colorido de aquella habla.

La ignorancia en que alientan las últimas clases sociales se refleja en su manera de hablar; ora conservan idénticos los términos que heredamos de nuestros mayores de hace siglos, sin sospechar siquiera que a la fecha hayan sufrido alteración fonética o hayan sido reemplazados por otros más recientes, refinados y pulcros; ora pronuncian a su entender los vocablos nuevos, que por reflejo les llegan de las maravillas que van descubriendo las clases ilustradas. La cocinera de casa le dice «Tilígrafo» al teléfono, y váyase a saber de qué raíces formó tal palabra. También dice: «sumarino» y «arioplano,» y ya es mucho saber para quien tiene por mundo la cocina y no conoce ni de ciencias ni de evolución.

Nuestro autor está de acuerdo en que el lenguaje, como todas las cosas, evoluciona, puesto que asienta en la página 59 de su Gramática: «El lenguaje es un cierto modo de ser inerte expuesto a los influjos del medio ambiente y en cierto modo un organismo: en él la economía enciende la lucha y da por resultado la *evolución fonética* de las tendencias más poderosas, borrando los efectos de las vencidas y neutralizadas.» Está, pues, de acuerdo, y no podía menos, en que sufre cambios el lenguaje; pero confirma sus opiniones antes dichas, con ejemplos tomados de escritores de los pasados siglos: Don Enrique de Villena, Juan del Encina, Mateo Alemán y otros que de ninguna manera podían haber estado al tanto de las nuevas transformaciones que se efectuarían en el castellano en los siglos subsecuentes.

Está de acuerdo, igualmente, en que el castellano del siglo de oro, no se comprende bien en el nuestro. Dice en la página 6 de la Introducción a su Gramática: «A cualquiera español de hoy entretiene su lectura (se refiere al *Quijote*); pero el cambio de costumbres lleva consigo el cambio de acepción en los vocablos y en los conceptos, y la generalidad de los lectores modernos, por fuerza han de pasar inadvertidamente por muchos **términos**, objetos y usos que no llegan a entender sino a medias.»

Ahora bien, si el pueblo no está al tanto de la evolución, si conserva, y no con su esplendor, un lenguaje que actualmente «se entiende a medias» ¿cómo puede aceptarse que sea él quien dé la ley del habla castellana?

Y cuando busco la confirmación, la última palabra de la opinión sustentada por nuestro autor, encuentro que él mismo, aunque disculpándolo, admite que Sancho, representante del pueblo, *estropea* los vocablos. Leo en la página 26: «En el *Quijote* se hallan multitud de vocablos recién traídos del latín, pero ni los usaba el pueblo, ni de usarlos los hubiera pronunciado como están escritos. De aquí que en el mismo *Quijote estropee* esos vocablos Sancho, y demás personajes del pueblo,» etc.

Precisamente es lo que hace el pueblo, estropear las palabras. Y encuentro más en la primera página de la citada introducción: que allí elogia la labor de los eruditos: «Cuando Cervantes vino al mundo, dice, el habla castellana acababa de salir renovada de entre las manos de aquellos *eminentes artífices* que durante los gloriosos reinados de los reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, supieron tan diestramente acomodarla al nuevo mundo de ideas de la época moderna y al antiguo de la época greco-romana.» Y añade en la página 3: «Los

grandes artistas de la palabra, al parecer, toman sus expresiones del pueblo; de hecho ellos son los que *crean* conforme al genio del idioma y las vulgarizan en el habla corriente,» etc.

Pues esos «artífices eminentes» esos «artistas de la palabra» que él ensalza, son justamente los eruditos, no el pueblo. Ellos son los encargados de autorizar el uso para que haga ley. No basta la generalidad ni la actualidad del empleo de las palabras; para que puedan aceptarse deben además ser *autorizadas*, como lo preconiza don Rufino José Cuervo; y ¿quién sino los eruditos, prosistas, dramaturgos y poetas líricos son las autoridades? ¿Quiénes, sino ellos han marcado el siglo de oro de los idiomas y fijado las lenguas?

Dante en Italia, Shakespeare en Inglaterra, Bossuet, Corneille, Racine, La Fontaine en Francia, y Cervantes y Lope en España, llevaron a la mayor excelsitud las letras y los respectivos idiomas patrios, y les marcaron su período de grandeza. Y ¿el pueblo de tan glorioso ayer, hablaría por ventura como aquellos consumados artistas de la palabra?... (1)

Y ¿el vulgo español de nuestros días conservará los arcaísmos por veneración a los clásicos del gran

(1) Hé aquí cómo esclarece Monlau el concepto del *uso* como árbitro en las lenguas:

«¿Queréis que os diga lo que era, en tiempo de Horacio, el *uso*, al cual confirió el *arbitrium, et just et norma loquendi*? Pues os diré para vuestro desengaño que no constituían el uso, la plebe ni los esclavos, ni Bavio ni Mevio, ni los pedantes, ni los escritorzuelos, sino VERRIO FLACCO, POMPEYO FESTO, NONINO MARCELO, los gramáticos ilustres, SUETONIO y el mismo HORACIO, cuyas composiciones poéticas, a medida que las acababa de escribir en las tablillas enceradas, se ponían de manifiesto en la casa de los libreros o bibliópolas de aquel tiempo, como criterio del buen uso.»

«Varrón, el sabio de los romanos, en sentir de M. T. Cicerón, definía el *uso, doctorum modus loquendi*,» y Quintiliano llamaba *uso*, al modo de hablar y de escribir de los eruditos-NOTA DEL PROFESOR.

siglo?.... ¡Ojalá que así fuera!, porque entonces le *cabría* el orgullo de ser un pueblo consciente de las *glorias* literarias de su lengua; pero por desdicha entre *la turbamulta* los más ni de nombre conocen al *inmortal Cervantes*.

Que se instruya, que se eduque, y sin que nadie *se lo ordene*, el pueblo solo irá buscando las alturas.

No bajemos del peldaño que difícilmente hemos *logrado* abordar; será mejor tender la mano a los que *están* abajo y ayudarles a subir. Entonces, cuando todos *estemos* arriba, llegarán las bonanzas y las alegrías a *arrancarle* sonrisas a la raza hispana de ambos *continentes*.

DELFINA HUERTA

México, a 15 de noviembre de 1920.

APUNTES HISTORICOS

EL CENTENARIO DE SANTA CRUZ DE LORICA
1821-1921

Desde el Claustro Mayor del ilustre Colegio de *Nuestra Señora del Rosario*, regentado por Monseñor *Rafael María Carrasquilla*, donde se rinde culto a los *héroes* de la Patria como se profesa amor y fe a la *doctrina* del divino Jesús, yo evoco la *semblanza* de mi *tierra* nativa, de mi solar paterno, como un homenaje de *ternura* y de amor muy intenso, como una recordación *fantástica* de ensueños....

El jueves 21 del pasado abril, celebró Lórica, *capital* de la provincia del Bajo Sinú, en el departamento de Bolívar, el primer centenario de su libertad. Santa *Marta* había sido libertada del dominio español por el *héroe*, almirante José Prudencio Padilla. Después de este *acontecimiento* trascendental que dio vida y fuerza a *los* luchadores granadinos para continuar con más en-